**FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO**

**San Juan de Barrios, 2016**

*Celebramos con alegría a festa de Nosa Señora do Rosario tras a conclusión do terceiro centenario da fundación da Cofradía do Rosario na parroquia de San Juan de Barrios de Trives. Grazas a Deus por tantos irmáns que foron apóstolos do Santo Rosario. Pedimos a Deus por intercesión de súa nai, a Virxe María, continuar aumentando entre os fieis desta parroquia e parroquias veciñas irmáns e devotos de María para seguir a tradición que herdamos dos nosos pais na fe cristiá.*

El Rosario es, después de la Misa, la oración más extendida y popular entre los fieles cristianos católicos. El rezo del Santo Rosario es un signo de identidad de la Iglesia católica en todo el mundo. Una devoción propagada y divulgada por los padres dominicos siguiendo el consejo de su Padre Fundador Santo Domingo.

El Santo Rosario surge en la iglesia por iniciativa de Santo Domingo para alimentar la práctica de la oración en el pueblo sencillo que no podía seguir ya los largos rezos de los monjes y de los clérigos. Santo Domingo al proponer esta oración pretendía que los fieles contemplaran el Misterio de Cristo en sus gozos, dolor y gloria a través del recuerdo del saludo del ángel Gabriel a la Virgen María. Las diez avemarías que siguen a cada misterio tienen por objeto contemplar a Cristo y gustar internamente qué bueno es el Señor con todos los hombres. Nadie mejor que la Virgen María nos puede enseñar a contemplar al Señor y a recordar y guardar las palabras de Jesús.

La oración del Rosario dirigida a la Virgen María es una oración a Cristo. Decía el beato Pablo VI que el Rosario era una “Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora… una oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico –la repetición litánica del "Dios te salve, María"– se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último del anuncio del Ángel y del saludo de la Madre del Bautista: "Bendito el fruto de tu seno" (*Lc*1,42). Diremos más: la repetición del *Ave Maria*constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda Ave María recuerda es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen” (Marialis cultus 46)

El Papa san Juan Pablo II añadió a los misterios gozosos, de dolor y gloria, los misterios luminosos para mostrar a Cristo Luz del mundo que ilumina la vida de todo hombre con la verdad de su Palabra. La presencia de Cristo en nuestra vida disipa las tinieblas del error y de la duda y nos invita a caminar en la verdad como hijos de la luz, hijos del día.

El Santo Rosario fue durante muchos siglos la oración de la familia. Reunida, al caer la tarde, en torno al fuego del hogar donde se preparaban los alimentos que sustentan la vida material, la familia desgranaba las avemarías contemplando a Cristo y pidiéndole, por intercesión de la Virgen, por los vivos y los difuntos. Desgraciadamente en el último medio siglo muchas familias han abandonado la práctica de la oración del Rosario. Es un signo más de la secularización de la vida cristiana. La gravedad no está en que las familias no recen el Rosario. La gravedad del asunto está en que las familias no rezan juntas. Al no rezar juntos los esposos con sus hijos, la fe se debilita y no se transmite a las generaciones futuras. San Juan Pablo II nos advertía que: “Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desarrolladas, derivan de una creciente dificultad para comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor. Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino.”(Rasarium virginum 41) A pesar de este llamamiento del Papa para volver a rezar el Rosario en familia, sigue decayendo la práctica de la oración del Rosario en familia.

Por eso, queridos hermanos cofrades os invito a redoblar vuestros esfuerzos para convenceros y convencer a otros de la importancia que tiene volver a la práctica de la oración del Santo Rosario. Si puede ser en la familia, mejor, si no a lo largo del día. Es necesario buscar el momento oportuno para pararse en silencio y contemplar con María a Cristo que se encarnó en el seno de la Virgen, predicó el Reino de Dios y nos dejó la eucaristía como memorial de su Pasión, muerte y resurrección.

En el evangelio que acabamos de escuchar los discípulos piden al Señor que aumente su fe. Es una petición que todos los cristianos hacemos al Señor en primer lugar porque reconocemos que la fe es un don, un regalo de Dios que nosotros no podemos obtener ni siquiera aumentar con nuestras fuerzas. Sabemos que sólo la gracia de Dios que recibimos principalmente en la celebración de los sacramentos es capaz de aumentar nuestra fe, esperanza y caridad.

La fe que recibimos como un don de Dios la acogemos libremente como personas. Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica que “No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas.” No, no lo es a pesar de que la mentalidad actual sólo reconoce como criterio de vedad aquello que podemos experimentar y comprobar con nuestros propios ojos. La fe no es experimentable en un laboratorio científico o en una ecuación matemática. Pero la fe en Dios es una realidad en una multitud de personas

Yo diría que todos los hombres tienen fe, aunque solo sea una fe humana. Si tuviéramos fe, si no confiáramos unos en otros, las relaciones sociales y la convivencia sería insoportable. Nos volveríamos todos locos porque tendríamos siempre la sospecha de que los demás, incluso aquellos que están más cerca de nosotros no son dignos de confianza y, por tanto, son sospechosos de que traman algo contra nosotros. La confianza es la base de la convivencia en la familia, en el pueblo, en la sociedad. Porque confiamos en los demás y en lo que hacen podemos convivir sin sobresaltos.

Pues lo mismo sucede con la fe en Dios. Confiar en Dios nos ayuda a vivir la vida y a ver el mundo con los ojos de Dios que ha creado todo y lo ha redimido del poder del mal para entregarnos este mundo como casa y hogar para la familia humana. La fe en Dios fortalece nuestra humanidad y da sentido a nuestra vida porque Él nos revela nuestro origen y nuestro destino. Esto nos da seguridad para caminar en el camino de la vida y a entender y explicar lo que nos sucede desde la confianza en Dios

Que la Virgen María, Nuestra Señora del Rosario, nos ayuda con su intercesión para que el Señor aumente nuestra fe.

Juan Antonio Menéndez, Obispo de Astorga